
Pliego suelto de la colmena

Entrega No. 14/15 Revista de la U.A.E.M. abril-septiembre 1997

Juan Domingo Argüelles



Edades del ayer

La transparencia

La transparencia es tanta que el agua no se ve,
y la hondura da vértigo,

pero nadie se arredra.

Que cualquier cosa ocurra,
menos que nuestro orgullo se derrumbe
a la vista del tiempo adolescente...
adolescente y cruel.

En las profundidades de este espejo del cielo
la desesperación guarda gritos de ahogados.



Y ese perdón te salva
pero también te humilla
cuando al fin del terror
ves nuevamente el cielo.
En el camino de regreso
muchos relatan sus proezas.
La poza, al fondo,
en la distancia,
calla el secreto de aquel muerto
cuya resurrección guarda el silencio:

Mas la memoria cruel nunca perdona:
un hombre mira hoy la inmensidad
y lejos de la orilla del abismo
recuerda, sin querer, aquel ayer.
Un ojo azul y frío devuelve su mirada
para que sepa, siempre,
que siempre, siempre, siempre,
siempre estará indefenso
sin importar su edad.



Infancia, circa 1965

Para mi padre
También para mi hijo

En la sonrisa de mi padre amanece el verano.
El niño que lo sigue toma su mano.

Se incendia un cardenal en el encino;
cubre el oro solar las piedras del camino.

Ese es el árbol del chacá, señala,
y mi mirada vuela como un ala.

Una anona que guinda morada en el verdor
se hace agua en mi boca con el calor:

sube mi padre al árbol, corta la fruta,
y al abrirla su aroma en mieles se transmuta.

Escribo estas palabras y esa imagen perdida
vuelve para instalarse junto a la vida.

No existe ya el camino de aquel verano,
pero sobre esta hoja lo revive mi mano.

Recuerdo

A un lado de la iglesia planté los brotes
de un surtidor altivo de palma real.

Ya no vi su follaje acariciar el cielo,
pero se eleva,

h

o

n

d

o,

en mi pensamiento.





Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM

Palomas

Dos palomas cafés han bajado al camino.
En tanto que su afán escarba el alimento
miran con desconfianza hacia todos lados.

Imperceptible voy tras los arbustos
y tomo entre las piedras la de la muerte.

Elijo a la más bella,
la fulgurante,
la que lanza destellos con su plumaje,
y cuando ya he dictado el fin de su vida
se anticipa en mi mano el remordimiento;

bajo la resortera y en un instante
no hay nada en el camino:
sólo el aire.
